

Artículos centrales

Europa, Latinoamérica y el imperialismo norteamericano. Notas para un examen comparativo

Atilio Borón*

Fecha de recepción:	31 de mayo de 2019
Fecha de aceptación:	10 de junio de 2019
Correspondencia a:	Atilio Borón
Correo electrónico:	aaboron@gmail.com

*. Político, Sociólogo. Docente de la UBA. Investigador CONICET. Ex Director de CLACSO.

Resumen:

Atilio Borón inicia este breve ensayo señalando que el imperialismo es un problema que afecta a los países de la periferia debilitada y empobrecida del capitalismo, y concluye argumentando que los gobiernos europeos asumen como su política exterior la estrategia de saqueo y robo que los gobernantes estadounidenses tienen reservada, desde los tiempos de la Doctrina Monroe (1823)

para Nuestra América. A lo largo de este texto describe la política de dominación hacia Latinoamérica llevada adelante por el imperialismo norteamericano en la actualidad, y finaliza el texto proponiendo algunas acciones urgentes para limitar este accionar.

Palabras clave: Imperialismo norteamericano - Europa - Latinoamérica.

Summary

Atilio Borón begins this brief essay by pointing out that imperialism is a problem that affects the countries of the weakened and impoverished periphery of capitalism, and concludes arguing that European governments assume as their foreign policy the strategy of looting and theft that US rulers have reserved, from the time of the Monroe Doctrine (1823) for Our America. Throughout this text he describes the policy of domination towards Latin America carried out by US imperialism at present, and ends the text proposing some urgent actions to limit this action.

Key words: North American imperialism - Europe - Latin America.

Introducción

Una creencia muy difundida en Europa afirma que el imperialismo, las pocas veces en que su existencia es reconocida y la palabra nombrada, es un problema que afecta a los países de la periferia debilitada y empobrecida del capitalismo. Es más, algunos de los voceros más conservadores del *establishment* europeo se vanaglorian -algunos con cierto recato, otros con ostensible soberbia- de su presunta condición de socios privilegiados del imperialismo norteamericano. La realidad, en cambio, grita que sólo son sus indignos sirvientes. Suelen estos sujetos aludir a un ilusorio "condominio imperial": una estructura de poder en donde Estados Unidos y sus socios europeos supuestamente gestionarían en igualdad de condiciones los asuntos mundiales en el terreno

económico, político y militar. El papel embrutecedor de la prensa en todo el mundo que vomita una interminable avalancha de "fake news", mentiras y "pos-verdades" auspiciada por las clases dominantes a escala mundial le otorgó a aquella creencia negadora del papel del imperialismo en Europa la aparente solidez de un irrefutable sentido común. Pero su fundamento no es otro que la ilusión melancólica de las viejas potencias coloniales europeas que creen que conservan un papel protagónico en el manejo de los grandes conflictos que atraviesan al sistema internacional. El papel ideológico de esta falsa premisa, tan extendida en Europa, es fácil de identificar: otorga a la maltrecha legitimidad de sus gobiernos una gravitación internacional que en realidad no tienen pero que proyecta sobre la ciudadanía la ilusión de una soberanía e independencia nacional que en coyunturas

electorales puede ser de valiosa ayuda. Política de prestigio, que le dicen, pero sin otro fundamento que no sea la retórica de gobernantes y publicistas.

Para desgracia de quienes adhieren a esta concepción, el mundo ya no funciona así y soslaya, además, otra cuestión fundamental: el imperialismo no es sólo un problema para los países de la periferia. Es antes que nada un problema para toda la humanidad porque con su insaciable voracidad de ganancias está destruyendo aceleradamente el medio ambiente y aún las propias sociedades sobre las cuales ejerce su mayor influencia. Se degradan los ríos, los mares y el aire, al paso que especies animales y forestales se extinguen como producto de los agrotóxicos y la minería a cielo abierto. Desechos radioactivos se arrojan por millones de toneladas anuales a las fosas más profundas de nuestros océanos, y los plásticos (botellas, envases, vasos, etcétera) arrojados a ríos y mares alcanzan en el Océano Pacífico una superficie tan extensa como la de Francia. Pero volviendo al tema central de estas breves páginas, los datos de la experiencia demuestran que los países europeos se encuentran sometidos al imperialismo con lazos tan asfixiantes como los que someten a Latinoamérica. Veamos las tres dimensiones críticas de la actividad gubernamental: la gestión de la economía, la defensa y la política exterior, en ellas, la sumisión de los países de la Unión Europea a las directivas emanadas de la Casa Blanca y sus operadores es inocultable. En efecto, basta con recordar que ningún presupuesto de los países que pertenecen a la UE puede ser sometido a los respectivos parlamentos nacionales sin contar primero con el visto bueno del Banco Central Europeo. La firma de su presidente -Mario Draghi, italiano, ex director ejecutivo nada menos que de las oficinas de Goldman Sachs en Europa y del Banco Mundial- es la que establece cuánto se puede gastar, cómo y de qué modos se puede financiar el gasto público. A los devaluados “representantes del pueblo” europeo, democráticamente electos, les resta la ingrata tarea de adecuar sus promesas electorales a las duras realidades impuestas por el capital financiero global a través del BCE. Va de suyo que éste funciona en línea con el FMI y desempeña, en Europa las mismas funciones que la institución basada en Washington lleva a cabo en Latinoamérica. La soberanía popular definitoria de la democracia en temas como el presupuesto -la “ley de leyes”, como suele decirse- queda al igual que en los países del Sur global reducida a un vergonzoso simulacro. Quien decide esos asuntos es una institución y un personaje cuya designación se realizó completamente

al margen de cualquier instancia de consulta o participación popular, con el consiguiente menoscabo de la calidad democrática de las instituciones europeas.

¿Qué decir de las políticas de defensa? Si en materia económica la dictadura del BCE es humillante no lo es menos a la hora de hablar de la defensa “nacional”. Esta sólo existe en los papeles y en las encendidas declaraciones oficiales porque esta política -la que establece una hipótesis de conflicto, define quién es el enemigo, con qué atacarlo y como defenderse de él- es la OTAN y no los gobiernos europeos. Sus ministerios de defensa son museos en donde se exhiben uniformes militares y armas del pasado pero sin que allí se tome decisión alguna acerca de cómo defender la soberanía nacional y la integridad territorial. No sorprende, porque hace ya bastante tiempo que los gobernantes europeos han arrojado por la borda cualquier pretensión de sostener la una y la otra, consideradas como molestas antiguallas en la era de la globalización en donde Michael Hardt y Toni Negri, desde un posmodernismo supuestamente de izquierda, y Vargas Llosa desde la derecha radical coinciden en rendir las honras fúnebres al estado nacional y sobre todo al nacionalismo, por todos ellos considerado como un peligroso anacronismo mientras que los estados nacionales son reliquias reducidas a una vida apenas espectral. Y el nervio y el corazón de la OTAN, tal como lo reafirman continuamente los expertos, no es otro que el Pentágono. De ahí se deduce que los enemigos de los europeos no pueden ser otros que quienes lo son de Estados Unidos. Y las guerras que se libren tendrán lugar, apropiadamente, en territorio europeo (recordar lo ocurrido con la ex Yugoslavia) o en sus cercanías (Oriente Medio), y serán los europeos quienes tendrán que recibir a sus víctimas y a los millones de refugiados, como ha venido ocurriendo luego de los ataques a Siria, a Afganistán, a Libia, a Irak, mientras que ninguno de ellos se arriesgaría a atravesar en una patera o un bote de goma el Atlántico Norte para llegar a la Ellis Island y ser recibidos por la Estatua de la Libertad. Influjos descontrolados de refugiados que, sabemos, suele alimentar las reacciones más racistas y xenofóbicas en amplios sectores de la población y proyectar a primer plano a fuerzas de la derecha radical antaño reducidas a expresiones marginales en la vida política europea y que en los últimos tiempos adquirió una preocupante gravitación. En suma: en este terreno la subordinación de los países europeos a las prioridades militares y de defensa de Washington no sólo no es menor que la que

tienen los países latinoamericanos (con algunas conocidas excepciones) sino aún mayor, dado que Europa y la cuenca del Mediterráneo son el escenario principal de la confrontación geopolítica global.

Tercero, la política exterior. Un país independiente debe definirla en función de sus intereses nacionales. El imperio es muy claro en este tema: John Quincy Adams, el sexto presidente de Estados Unidos sentenció que "Estados Unidos no tiene amistades permanentes sino intereses permanentes." Y éstos no pueden ser otros que consolidar y expandir hasta donde sea posible los confines del imperio, batallar en contra de sus adversarios y enemigos y unificar la tropa de sus amigos y aliados. Pero como los gobiernos europeos han abdicado de toda pretensión de afianzar su autodeterminación y dado que desde la época de la Guerra Fría optaron por asumir como propios los dictados de la política exterior de Estados Unidos en su competencia con la Unión Soviética y como luego de desintegrada ésta se plegaron a la estrategia de Washington que definió a Rusia como el rival a vencer (y posteriormente a China!) las capitales europeas secundaron las posturas más reaccionarias de la Casa Blanca en América Latina y el Caribe. Acompañaron durante más de medio siglo el criminal bloqueo contra Cuba. A comienzos de año fueron cómplices de una fantochada inédita en los anales de la diplomacia: consagrar a un ignoto político de provincias como un "auto-proclamado" presidente —hablamos de Juan Guaidó, por supuesto— como el legítimo gobierno de la República Bolivariana de Venezuela contrariando no sólo la legislación nacional de ese país sino los fundamentos del Derecho Internacional, hoy en terapia intensiva gracias a las bravuconadas de Donald Trump. Va de suyo que, como lo reconocen ampliamente en el propio gobierno de Estados Unidos y la prensa de ese país, aún la de derecha, la "operación Guaidó" terminó en un rotundo fracaso. Este penoso acompañamiento europeo a un artilugio golpista

de este tipo demuestra cómo gobiernos de países que en su época de esplendor (que ciertamente no es la actual) dieron origen a algunas de las doctrinas y teorías que ensalzaban el estado de derecho, la legalidad internacional y el respeto a la autodeterminación de las naciones cayeron en la más abyecta sumisión al reconocer al "autoproclamado" ungido como tal por la Casa Blanca. Pocas veces la historia vio un espectáculo tan deprimente como ese, cuyas consecuencias no serán olvidadas por mucho tiempo. Para resumir: los gobiernos europeos asumen como su política exterior la estrategia de saqueo y pillaje que los gobernantes estadounidenses tienen reservada, desde los tiempos de la Doctrina Monroe (1823) para Nuestra América.

De lo anterior se desprenden dos tareas urgentes. Primero, concientizar a las poblaciones europeas de que ellas también están sometidas a los rigores de la dominación imperialista y que, por esa causa, serán víctimas de la réplica que países como Rusia, China e Irán desatan en defensa propia cuando sean atacados militarmente por Estados Unidos. Será preciso, además, acometer una segunda tarea porque no basta con la concientización: habrá que movilizar y organizar a las masas populares europeas para poner fin de su sumisión al dominio imperialista. Esto requiere, en primer lugar, exigir la disolución de OTAN y, tras cartón, clausurar las bases militares que Estados Unidos tiene en Europa que solo servirán para atraer la represalia de los países agredidos por el imperio. No es un dato menor para demostrar el sometimiento el imperialismo de los gobiernos europeos recordar el elevado número de bases militares estadounidenses asentadas en Europa instaladas, para gravísimo riesgo de las poblaciones civiles aledañas, cosa que no despierta la menor preocupación entre los estrategas del Pentágono, curtidos en centenares de operaciones en donde los "daños colaterales" vienen siendo cosas de todos los días.